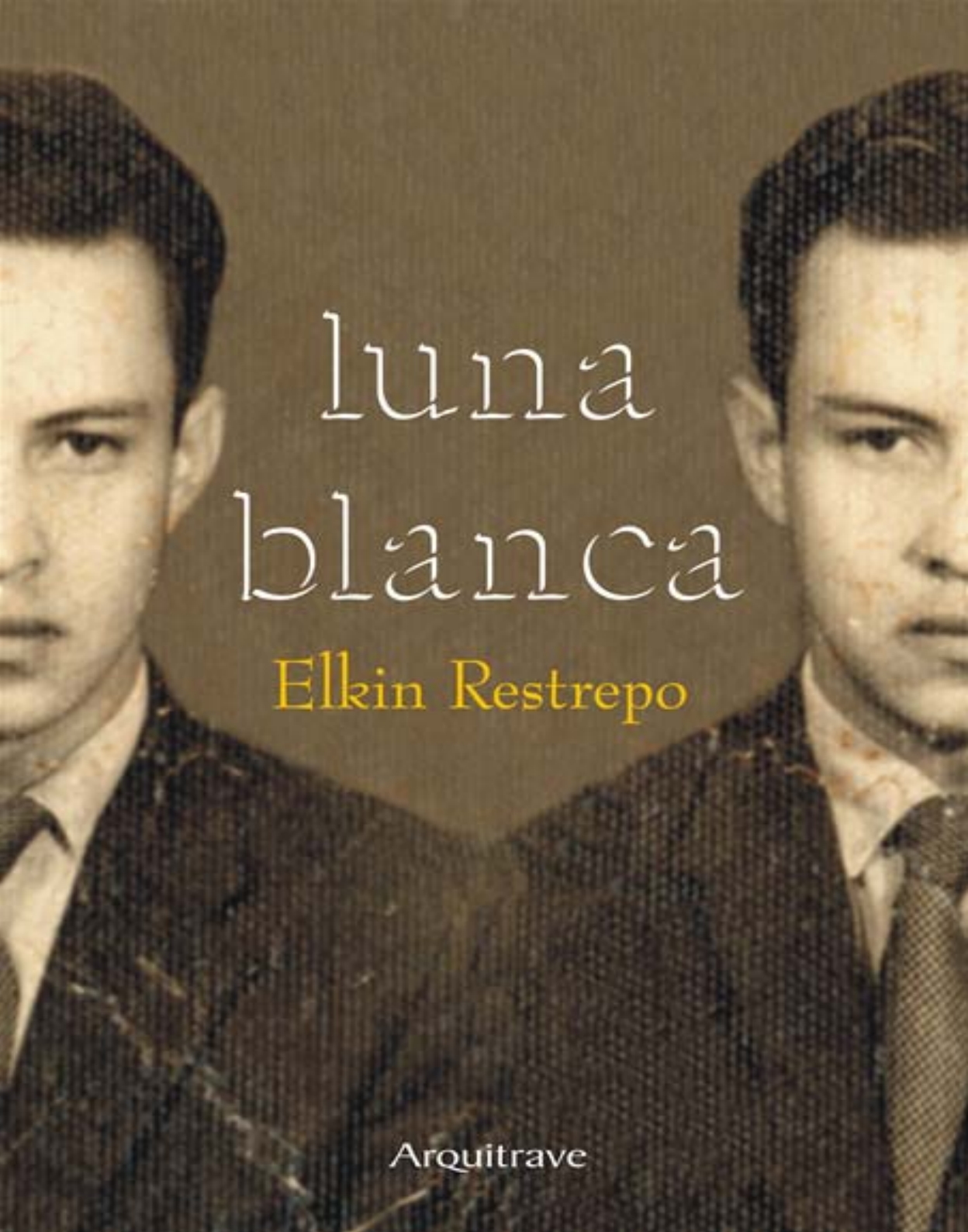
luna
blanca
Elkin Restrepo
Arquitrave

luna blanca

Elkin Restrepo

Arquitrave

Luna Blanca
© Elkin Restrepo
© Arquitrave Editores
www.arquitrave.com
Edición y diseño Harold Alvarado Tenorio y Héctor Hernán Gómez
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Pier Angeli

De nuevo el mar golpea una región de postal
en el Mediterráneo,
y multitud de golondrinas pasan sobre el mundo, chillando,
mezclándose como un nombre extraño al sueño;
de nuevo los días son tibios como un gabán
y la ciudad parece revivir,
extenderse como una herida purulenta, incurable;
de nuevo la luz remoja los parques
y revienta como un recuerdo en el corazón;
de nuevo, de nuevo, tu escapas a ti misma en tu segundo
o tercer intento de suicidio,
y lloras desolada en un cuarto de hospital,
mientras una enfermera va y viene, helada como un testigo;
mientras tu alma se descarga de ciertas imágenes amargas
y el miedo te da un respiro,
permitiéndote unos instantes de sosiego,
unas desordenadas palabras.

De nuevo tú estás en la vida y los ramos de flores abundan,
y tu palidez da fuerza a no sé qué de tierno en tu rostro,
y ahora te abrazas a ti misma
como a alguien odiosamente amado,
y quisieras que todas las campanas del mundo
se echaran a volar.
Por un instante eres feliz,
un animalito removiendo cálidas aguas,
una plazuela al mediodía, una canción de moda.
Por un instante, como una dulce hermana,
tienes piedad de ti misma,
y no quieres ya el espejo que la enfermera te alarga,
y, como una colegiala nerviosa, lloras y ríes.

Al borde de la cama,
tu marido espera quizá sin comprender.
La vida es más atroz que cualquier sueño,
y hay una cosa que se llama ridículamente soledad,
y tú, Pier Angeli, andabas sola por esa opaca calle
en que de repente se convierte el mundo.

En que de repente se angosta misteriosamente la vida.
A tu marido le prometes que no volverá a suceder.
Pero sucederá.

Miroslava

Ahora que todo lo sabes,
y tu cabellera ondea silenciosa en un rincón de la muerte,
y tus labios nada dicen, pienso en ti, pienso en ti.
Es de noche,
y las carreteras en el campo están solas,
y hay en todo como una claridad siempre más allá,
y el recuerdo es como un cuarto del cual acabas de salir.

Ahora que todo lo sabes,
y el mar se hace jirones como una tela oscura,
y donde quiera que miro no encuentro un poco de tu carmín,
ni de tu perfume ni de tu misteriosa belleza.

Ahora que todo lo sabes,
la vida pasa cálida como una boda,
y, allí, donde estás no llegan sus imágenes ni sus rumores,
ni la noche es como un abrazo.

Ahora que todo lo sabes,
y sólo eres un poco de polvo disperso bajo las estrellas,
bajo el más bello color de la noche,
pienso en ti, pienso en ti.

Montgomery Cliff

La noche ya no trae silencio ni descanso.
Afuera, en el muelle, escucho el mar oscuro,
cubierto de inmundicias,
que se alarga y golpea,
insomne y lleno de tedio como un enfermo.
El sucio mar de siempre, a esta hora,
cuando estoy solo, solo,
y el color de la ciudad parpadea en mi cuarto,
y el instante, sin un recuerdo o un sueño,
parece abandonarme.
Cuando, envuelto en una frazada
y tartamudeando para mí mismo,
siento cerca el dolor profundo de la vida,
los vastos lugares donde la noche se empoza.
Cuando ya no queda nada,
y las luces en la costa permanecen lejanas,
y la masa perdida de las embarcaciones oscila,
y el mar,
el sucio mar de siempre,
vuelve con el mismo temblor de la locura.

Maureen O'sullivan

Desde la mañana, el fuego frío de la depresión me acompaña
y me da a oler sus algodones dolorosos, su frasquito de perfume.
Siento que los párpados me pesan,
y yo sólo desearía pasar las horas durmiendo,
perdida en otras aguas más profundas y vagas, grises como el olvido.
Esta mañana la criada brasileña vino y abrió las ventanas del cuarto
y quiso que yo me moviera y tomara un baño de agua tibia.
Afuera, en el patio, donde el invierno se llevó el color de las enredaderas
y cubrió de hojas podridas y plumas de pájaro el agua de la fuente,
había una luz blanca, opresiva.
Era la luz de mi propio, íntimo invierno, mi canción a solas.
Así se lo dije a la criada,
que suavemente me tomó y me ayudó a vestir como a una insana,
y, luego, quiso reprocharme en su idioma vivo y hermoso.
Después me trajo una taza de café y una revista.
En la ventana, barridas por el viento, golpean una hoja y otra, y otra más.
El día pasa.
Nada tiene sentido.

Jimmy Hendrix

Hace tres días que se encerró (a viajar),
y no sale de su cuarto de hotel,
y todavía le queda pertrecho para una semana más.

Tres días en que, echada sobre una cama
revuelta y tragando pastas a puñados,
ha querido paladear la porción debida de éxtasis y horror.

Sabe que al arte convienen los extremos y que,
más allá de sí mismo, hay un continente que espera.
¿No es de allí acaso, de ese horizonte de vértigo y color,
de ese vacío doloroso y febril,
que brota el sonido incomparable de su música?
¿No es de allí acaso, de esas lejanías hermanas,
que llega a bocanadas la promesa de un idioma hermoso
que su alma escucha?
Bah, dirán, pura metafísica. Pero hace tres días,
que no vive otra cosa distinta al mismo infierno.
Tres días en que el horror y la baba,
el golpe de lluvia en los cristales y el olor a vómito,
el mal cielo, arman de una vez por todas
la trama de su cuadro final.

Jean Pierre Leaud

(poema encontrado en uno de sus bolsillos)

París, al amanecer, es un buen refugio para el que,
hostigado por sus fantasmas,
quiere caminar o beber una copa de vino.
Al amanecer, París sólo da cobija a quienes,
ángeles caídos, no encuentran ya sosiego.
En los bares abiertos, los clientes son escasos
y apenas si se presta
atención al que entra o sale.
Afuera, casi siempre, la luz de una luna borrada
espanta el orden que sostiene edificios y calles,
la grasosa voz del río,
y se queda adornando la soledad más grande.
Al amanecer, París suele cantar al oído
de sus hijos desdichados
cosas que gustan a su alma
y que nadie más escucha,
salvo los tristes y relegados por el afán de cada día,
salvo los ciegos traficantes de su propia aventura.
Al amanecer, París suele producir el efecto
de un pinchazo de heroína,
que eleva al más caído de los mortales sobre la baba
repulsiva de su pobre condición.
Al amanecer, cuando por momentos
la agria cantinela del idiota
se apoya en las más bellas y convulsivas músicas del cielo
y los avisos de neón martillean, sin más,
el duro metal de la vida.
Cuando ya no queda nadie y la cuajada lejanía de las estrellas
se junta al negro silbido de toda desolación.

Elenco de Actores y Actrices de la Paramount, 1959

Somos de la estirpe de las Circe,
Penélope, Helena y Odiseo, que los antiguos veneraron.
Al igual que ellos, poseemos un nombre bello
y una vida legendaria,
y no hay mortal que a la hora del solaz
no sueñe con tenernos entre sus brazos.
Hacemos parte del libro de la vida
y nuestro papel consiste en mantener la ilusión
para que no falte.
Somos, en cierta forma, el precio convenido
por las horas duras. Nausicas, Calipsos, Odiseos,
así se olvide, somos el fuego que derrite la escoria
y cambia en hermoso sueño el tedio de la vida.

Absorto escuchando el cercano canto de sirenas

1

He ahí de nuevo el globo de la luna que desfallece
sobre nuestros nerviosismos y tensiones.

Es hora, digo, de carraspear unas cuantas palabras
y tratar de devolverle
una pizca de realidad a nuestros sueños,
a nuestros justos anhelos.

Ambos hemos hecho mérito para ello y esto nos enaltece,
nos hace casi dignos.
Además está la noche, esa luna incesante y ciega
que nada agota;
está el instante que pasa ampliando toda derrota,
enfriando aún más nuestra poca y desolada ceniza;
está el paraíso de nuestras dichas y placeres que de nada sirve.
Tal vez, digo, es hora de sacar el lomo
como ballenas en el mar,
y dejar que se pierda la estela espumosa de todo rumbo.
Tal vez es hora de sacudirnos de encima suciedades
y sargazos,
todo tipo de salvación.
Tal vez es tiempo de sentir un poco de piedad
el uno por el otro.
Pero estas palabras, seguro, no son sabias
ni tampoco convenientes.
Estas palabras que deberían servir mejor
a la bella tristeza de tu rostro.

2

De ese primer abrazo le sobrevino una enfermedad rara,
un continuo pensar, una demencia.

De esos labios,
de esa boca repentinamente excitada le fue arrojada
una gota de vértigo.

De esa saliva, huyendo hacia la salud
de cada uno de sus pliegues,
brotaron nuevas fuerzas, pánicos, palabras.

De ese cuerpo arrugándose y borrándose
en el suyo hasta la confusión,
hasta el más hondo e inestimable servicio,
le fue arrojado un carbón ardiente,
una mancha de eternidad.

Patinó y patinó en esa grasa tibia y dislocada.

Aulló y aulló amorosamente hasta espantar el mundo.

Se disolvió luego en una suerte de espera,
de silencio, de olvido.

Cayó al mar con las manos atadas.

3

Sin ganar nada, todo lo has perdido.
Temprano caducó la frase prometida de tus ilusiones,
y la realidad espesó allá su milagro de sombra y dolor.

El día ya no salta y lame tus manos con su lengua dorada.
Detrás de rejas y sobre la paja acabada del verano,
habla sólo una luna enconada,
y la bondad, la bondad se pudre
como un rey prisionero en una torre húmeda.

Quedan cosas, sin embargo, deshechos, palideces.
Queda el fulgor y la verdad de toda amargura.
Acéptalo sin fervores ni humillación.

Que el rastro de toda estrella adorne aún más tu vicio.

4

No te culpes, no hagas un paraíso de tus miserias y faltas,
no exijas a tus nervios cansados el halo de una verdad,
ni reclames el súbito sosiego de una visión.

No reclames de ti más allá de lo que puedas dar,
y trata de entender, por favor,
que al mundo lo tienes sin cuidado.

No te engañes ni engañes,
no forcejees ni hagas del mañana una oportunidad,
ni planees para ti equilibrio y razón, buena sombra siempre.

Haz caso de esa luna imaginaria que te persigue y obsesiona,
amalgama rocas y soledad,
y platea el canto ciego de tus fantasmas.

Cualquier día es un comienzo, cualquier hora la convenida.
Sin prisas, como un buzo
tanteando aguas perdidas en el mar.

Sin espanto pero con la gracia pasajera
de quien nunca sabe para dónde va.

5

No hablarás sino de tu sueño.
Años y años y de repente comprenderlo de este modo.
De repente advertir que sólo cuenta apalearte,
hacerte daño en esta dirección y no en otra.
Discípulo, en fin, de tus propios vacíos y desesperanzas,
de tus vagas razones.
Vuelve, pues, hoy a ti,
y reconfórtate en tu más piadosa memoria.
Haz que brote un fulgor del resto de ceniza,
y concede al menos una verdad, un orden,
al croquis ciego de tu aventura.
No equivoques el camino,
y cuida que en adelante sólo la soledad caliente tu cuerpo.

Nada hay fuera de ti que de lejos si quiera te recuerde.

6

Heme aquí, de nuevo, en la pesada tarea
de transformar la escoria en visión,
el vacío y el abandono en sueño,
toda ceniza en fulgor.
Cada día, igual, echando mano de la alquimia
dispuesta para así cumplir lo propio.

En pos, pues, de lo que todo vacío reclama
y convierte en memoria y salvación,
en reino conocido,
heme aquí, hoy, de nuevo,
transformando dolor y miserias,
y sólo consiguiendo, a medias alcanzando,
pavor y olvido a cada instante.

7

Ahora no cuentas sino contigo mismo.
A los cuarenta, la vida no sólo te ha enseñado
lo que debes saber
sino que igualmente te ha hecho daño.
La fatiga y el mal sueño parecen anticiparse a todo plan,
y la mirada no acierta con las mil estrellas de la noche.

Como cualquier mortal has soñado con alcanzar una verdad,
y ésta, ahora, te deja al descubierto, te impone su precio.
No harás sin embargo de tu vida un lamento,
no cambiarás en sueño lo que se te ha dado,
y del tiempo no conseguirás sino olvido.
Como un paciente excitado, atento sólo a su propia voz,
irás de aquí para allá
y saborearás tu propia baba.

La verdad: tienes ya la edad y palidez de tus fantasmas.

8

Hazte cargo de esa voz que en ti,
como la sombra de un ausente que acompaña,
reclama ya lo suyo.
Súmala a la deshecha costumbre de tus vacíos y esperanzas,
Concédele al menos un instante de reposo y memoria,
acógela.

Es tu voz más antigua,
el golpe del viento sobre las claridades de un primer día,
la palabra olvidada a causa de toda desdicha.

Que ella, como un mal amor, gobierne tu vida.

Déjala que hable y calla.

Su hora pide ya una forma a la luna y sus fantasmas.

9

Las cosas que cambian, te cambian.
Las cosas que te cambian, no son las mismas.
Tampoco eres el mismo respecto a las cosas que cambian.

Valiéndose de una y mil transformaciones,
acuñando una y mil verdades, la vida arma
su fuga hacia un mañana sin forma.

Esta es la herida de que no curamos.
Este es el sueño del cual nunca más volvemos.

10

No conviene volver una y otra vez sobre lo mismo.
No conviene que te encierres en tu sordo, desgastado canto
y, otra vez, derrotándote, hagas de ti tu propio enemigo.

No conviene que cargues al corazón
con el peso de tus soledades y tus vacíos,
ni conviene que el dolor y la sombra te hechicen.

No conviene que tu pena sea más joven que tu esperanza,
ni conviene tampoco que tus palabras
valgan más que tu silencio.

11

Ni muy alegre ni deprimido, ajeno más bien a todo,
más bien retraído de la tarea
que cada nuevo día propone, me refiero a eso
de tantear una verdad, de organizar un rumbo.

De buscar salida al más leve extravío.

La luz fría de esta mañana pesada descansa los nervios
y deja ver –como si se tratara de una revelación–,
el oro suelto de otro fuego.

Este es mi clima, una luz fría, sin dones,
mi paz de invernadero que a nada obliga.

Ni muy alegre ni deprimido.

Sólo a medias golpeado y a medias sumergido.

12

Sonríe, resígnate, nada de lo que esperabas te ha sido dado.

Los días se colman vacíos de ti
y enconan aún más la herida,
te hacen huérfano de su misterio.

Los días vuelven la cara a los más preciados sueños
y dejan que revientes en el camino.

Oficio entonces de desheredados, vivir.
El dolor fue por lo que avistaste y nunca se te dio.

El dolor que a ratos sube y te descuelga de ti.

13

Estos gestos, estas maneras, estas fáciles alegrías,
no son propias ni de ti ni de mí.
Después de años y años,
creo que es tiempo de aceptar las cosas como son,
sin cantos ni engaños, sin mucho alarde.

La ilusión ya pasó con su rostro de novia,
y no existe otro fuego en qué arder,
no existen otras aguas en qué hundir los nervios lastimados.

Esto por supuesto es una ventaja,
un mérito difícil de alcanzar.
La mugre chorrea en los baldosines del baño,
y, afuera, como un adorno, crece el remedio de la luna.

No digas nada:

Que el mal sueño nos mantenga atados
al pie de su negra bondad.

14

No es una tarea nada fácil
ésta de tomarse día a día y darse forma
y ordenar un sentido a todo
y parecer natural y también convincente
y alzarse levantar el vuelo hacia otra región más alta
como si fuera poco como si fuera nada
cargar con quien aquí muy dentro
y con las mismas fuerzas las mismas palabras
argumenta contradice echa a pique
una a una verdades sueños
que uno levanta día a día luchando
aferrándose hasta sangrar
a fin de cumplir con algo en la vida
a fin de alcanzar
lo que nunca en verdad se te ha pedido.

La Dádiva

1

Anoche dormí mal
yo que no creo en nada
soñé con fantasmas
que me helaron la sangre
y me asustaron como a un imberbe
yo que me río de todo
que nada tomo en serio
sentí que me moría de terror
cerraba puertas
gritaba órdenes
evitaba dejarlos entrar
en vano
su naturaleza era más fuerte que
mis dudas
su enigma más violento
que mi certeza intelectual
de nada valió santiguarme
rezagos de una severa educación
religiosa
ni siquiera saber que se trataba
de un sueño
venían en mi busca
parecían gente común y corriente
algunas chicas entre ellos
un hermano cristiano
hacían fuerza del otro lado de la puerta
qué quieren (de mí) los señores
inútil pregunta
sobre todo viniendo de quien viene
forzaron puertas y ventanas
y se tomaron el cuarto enseguida

pavor daba verlos
una luz de otros lados
les distorsionaba el rostro
una vida más allá de la muerte
su resurrección tenía que ver conmigo
musitaron
su presencia ahora en esta esquina
del universo
su gesto adusto
lo dijeron
era una advertencia
nada de risas
mi falta de fe
en el otro mundo
era para ellos una pesadilla.

2

Después de ver Madame Bovary
sintió casi como un deber
estar más cerca de sí misma
y se fue a caminar
bajo los chiminangos que hacen sombra en la calle
pensando en cuanta verdad había
en el personaje
y en la dosis de fatalidad
que acompaña siempre a una mujer
que encara realizar sus sueños.

En el cielo comenzaban a apuntar
las primeras luces
de una noche hermosa
que no pareció advertir
aunque en otras circunstancias
lo hubiera hecho.

Algo estaba pasando en ella
su misma emoción por cosas que antes
no le importaban
ahora la delataba
esa tristeza
había que llamar de algún modo
lo que sentía
no dejaba de sorprenderla.

Como si una desconocida hablara
con ella
cosas que sólo competían a ambas.

Subió las escalas del puente peatonal
sin hacer caso de la marejada de luces
y vehículos que se movía abajo.

Aunque confusa
advertía que algo nuevo nacía en ella
el poder si se quiere de un sentimiento
ignorado
que la arrebataba lejos de sí misma.

El poder de una sensación
que sólo a ella comprometía
borró una lágrima con la palma
de la mano.

En la noche se veía ya el oro
inagotable de otros mundos
estaba sola pero ahora lo sabía.

3

La vio desnudarse
y luego sentarse en frente del espejo
había adelgazado en las últimas semanas
y de nuevo su cuerpo volvía a ser el de antes
más rotundo y bello quizá
quizá más sensual
ahora que estaba cerca de los 40
y un íntimo fulgor irradiaba en ella
ahora que todo empezaba a llevárselo
cada instante fugaz

4

No podría descifrarlo
ya se sabe
un sueño es un sueño
y sin embargo
lo acompañó el día entero
un sentimiento tal que no hizo más
que preguntarse
qué cosa había hecho para merecerlo
y a qué
áurea legión de ángeles
había dado alcance mientras dormía.

5

Ahora hacía un poco más de fresco
y la tarde invitaba a salir y pasear
sin un plan en particular en el Mamm
repetían una vieja película de Pier Angeli.

En la calle los chiminangos relucían
como lentejuelas y era bonito ver
de pronto a alguna pareja recostada en un tronco
desatendida de todo besándose.

Al sur sobre los edificios de Suramericana
el cielo era color de perla
y el aviso de la sony no se encendía aún.

No había mucha gente en la calle
ni cruzando el puente peatonal
era un domingo común
sin nada ocurrente qué hacer salvo pasearse
salvo ir por ahí a caza de nada
y respirar el aire de la tarde de manera
que él mismo fue el primero en sorprenderse
cuando más adelante y
contra su costumbre no quiso pasar de largo
frente a las esculturas de Cruz Díez
esas construcciones de tubos de color entrecruzándose
y a las cuales nunca había parado bolas
y que ahora se obligaba a mirarlas viéndolas
como nunca las había visto antes
es decir tan hermosas y llenas de sentido
que no se explicaba la tontería
de no haberlo hecho antes

aunque es verdad
fue algo tan repentino
ahora se lo repetía
y bien pudo suceder con cualquier otra cosa
esas nubes inmóviles sobre el valle por ejemplo
que sólo pudo suceder
así lo piensa
por voluntad de alguna imperiosa divinidad
que obra a escondidas.

6

Qué es un poeta
me pregunto yo
que escribo poesía
nada al respecto se dice en estos tiempos
(malos tiempos)
nada que tenga que ver con él
¡si parece que no existiera!
Días aquellos en que así fuera un bufón
era el llamado a cantar en el festín de la vida
o me equivoco
y a lo mejor fue siempre igual
lo que no quita hacer de nuevo
la pregunta
yo que escribo versos
y en vista de que nada hay escrito
preguntó qué es un poeta
¿acaso tiene que ver esto con la indumentaria?
Negativo
hoy todo el mundo viste igual
y nadie echaría de ver a un poeta entre la muchedumbre
tanto mejor
una suerte
porque
el poeta es el rey del camuflaje
y fácil le es ser cualquiera
inquilino o prestamista simplón o sabio
cada cual una historia un mundo
un camaleón
que como la vida misma
adopta mil formas
ninguna mejor que otra

fiel a todas
el poeta no tiene cara
o tiene más de una
su oficio
dadnos a merecer el paraíso
la dicha
sin su palabra
el mundo es nada
apenas un caso de policía
el poeta camina sobre las aguas.

7

Me sucede siempre igual días en que me desconozco
no soy el mismo demasiado nerviosismo
(me digo) tanto trabajo me desquicia
cuánto bien haría quedarme en casa.

De nada sirve
como si una fuerza desconocida
me atrapara no se sabe cómo
zarandeándome y amenazando
con arrojarme y volverme añicos
mi vida da un vuelco
mi vida cambia.

Me rasco entonces la cabeza
y doy una vuelta en torno otra
en la boca siento un sabor salvaje
un sueño demencial empaña mis ojos
un fulgor extraño estoy agitado
aunque en mis incesantes chillidos y monerías
me alarman pienso que es transitorio
e intento tomar las cosas con calma
pero salidos de no se sabe dónde
otros congéneres llegan monos de todo tipo
que vienen a divertirse primero se agrupan
y luego se inicia la danza los saltos
el atávico frenesí en ese vértigo me pierdo
horas y horas pero antes de caer
vuelvo la mirada a ese cielo primitivo
lleno de reflejos como copa de champaña
Allí cabeceando como una aceituna
está la luna llena.

8

Si me habla no lo escucho
si me mira no lo veo
tampoco me importa ni interesa
nada suyo
acabaría con él si llegara el caso
y sin embargo es mi igual
tiene un rostro
un alma
que pisotear no hace invisible
mi cercano mi hermano
mi aventura en el mundo
ángel custodio
que abre o cierra las puertas
del único y permitido paraíso.

9

Para vislumbrarte
vasta e incandescente materia contiene el día
belleza es uno de tus nombres
aún el más ciego puede dar testimonio de ti.

Aún al más tonto puedes dejar en vilo
desde la baranda sigo tus pasos
tu alucinante jornada de peón rozagante
que todo lo puede.

En tus dedos amarillentos de fumador
haces chasquear las hojas tostadas del almendro
y vuelves himno la letra menuda
Un gesto tuyo y el planeta cabeceará ebrio
una señal y vendrá la felicidad.

En los potreros asomas y refrescas
como la sombra inmensa de un viajero
tuyo es el sueño de la vida.

10

Un poco más de soledad y silencio
y la noche se copará de árboles y estrellas.

Acá en tu cuarto
Dios entibia tu corazón con la diligencia
y el cuidado de un padre
que hace años se ha ido y ahora vuelve
llenando de risa y sombra la casa.

No hay palabra suya que quiera perderme
cierro los ojos medito
la luna madura en los campos de
afuera como una fruta.

A su abrigo alborotas y envejeces como un duende
No te sobresaltes si de repente la dicha
llega y arroja todo con brazo ebrio.

11

En lo banal la verdad construye su gran frase.

En el trivial asunto de siempre una divinidad se ofrece.

La estela de humo que el avión deja al pasar
constituye también materia de iluminación.

La gastada fábula de cada día
el relamido fuego de tus besos
la canción que aprendemos para olvidar
apenas son formas,
reunida melodía de lo que no puede
decirse de otro modo
propio es de la vida
que ella cante y calle a la vez.

12

Vino así de improviso
–¿cómo va saber uno que el más común de los sentimientos
sirva igualmente de refugio a divinidades avasallantes?–
mientras parado en una esquina de la Playa,
echaba una ojeada a los titulares de la tarde
y un cielo radiante sin una nube fijo
entre los altos edificios abrigaba una
promesa igual para todos.

Vino –un sentimiento disfrazado entre tantos otros–
y yo sin darme cuenta que aquél que apuntaba
entre mi actitud descuidada
entre el simple dejarme vivir
que a esta hora me impulsaba a estar entre la gente
disfrutando de su bullicio y color
fuera el que de repente
mientras creía pensar en otras cosas
en fuegos fatuos
sin un anuncio –una ola en el océano–
me diera un instante de anonadante belleza.

¡Fuera el que me diera un instante
de fulminante verdad!

13

No es lo mismo aunque finjamos que todo sigue igual
Palabras que no alimentan ninguna lumbre.

Y giran sin peso sobre un caldo de agua
ponzoñosa.

Gestos y maneras que desgastan aún
más lo que encubren
y que no sin infelicidad repiten su suerte.

La pasión (si lo fue)
besos que los besos borraron
abrazos que los abrazos negaron
uniones que el mismo hastío urdió
tiene vago aire de fantasma
y si fingimos es porque sabemos.

Terminemos la llamada.

Queda a cada cual lo suyo

De rosas y sargazos hay que llenar
otra vez el mar.

14

Ahora que sólo a ti acompañas
echas amistoso un brazo sobre tu hombro.

No importa dónde la emoción te lleve
dónde la razón y el éxtasis
colmen de forma la aventura
vas guiándote con corazón adivino

La noche adorna de frutos secos
tu sombrero de viajero
y te entrega entero tu saco de provisiones.

15

Llegas con paso sigiloso
pero no tardo en advertir tu presencia.

En mi casa vacía oigo que se sobresalta
el corazón.

En mi soledad aterida
alguien hay junto a mí.

De un manotazo arrebato el velo
que te cubre.

Como una deidad insensata
que nada sabe de su intolerable belleza
largo me miras con ojos que no puedo mirar.

16

Intentas levantarte.

Pero mejor te quedas
más tarde harás lo que debes hacer
esas vanas tareas que hacen de la vida una pesadilla.

Mejor te quedas y te abrazas a este sentimiento
que no necesita de ti
pero que igual te abriga alimentándote
como a una llama.

Nada sabes de esta emoción que te arrebata
y te hace reír como loco
gratuita y bella como el día.

Cierras los ojos para no perderla
irás hasta donde ella te lleve
mezquina bestia tocada por un rayo de luz.

Es un triunfo

Que tu saliva sirva igual a la alabanza.

17

A Miguel Escobar

Día a día iniciamos el boceto que
corresponde a nuestra vida
y día a día como una visión que se
desvanece queda sin terminar.

Nuestro propio afán lo borra la vida
el hechizo que por un momento nos sostuvo
ya no cabe en el recuento de un nuevo comienzo
y la aventura de cada día obliga a continuar
y no sabemos en qué momento
(cuando todo se escurre entre los dedos)
ganamos la carga de un cielo o un infierno.

Y en eso va.

18

Hasta aquí y sólo hasta aquí te trajo
tu manoteo de ahogado.

La gesta que ti dirimías a cambio de nada.

El vano comercio de tus ilusiones y nostalgias.

La fábula aún sin forma de tus dones.

Qué pronto te dejó la vida a su vera
qué rápido pasó su esplendor
qué fácil te hizo un sobreviviente.

¿Un sobreviviente?

Es la vida que pasa la que te hace la distinción.

19

Nos esforzamos pero cada día nos deja
con las manos vacías.

Lo que no más ayer nos ofrecía un sentido
hoy lo perdemos.

Si una vez vino el amor ¿quién sabe cuándo regresa?

Diario es el combate en que
invariablemente somos vencidos.

Nuestro cuerpo tasajeado es el propio trofeo.

Nuestra escudilla vacía.

Y en la tribuna no se da aún la señal de perdón.

Y a nadie más parece interesar el espectáculo.

20

Es el amor el que pone espinas a tu
silueta de viajero a la madrugada
un quinqué por todo equipaje un paisaje
para decir adiós.

Guiándote vas por la luna de los últimos besos
tu cabeza de nuez alta sobre los muros
la solapa levantada como si creyeras en el invierno.

No es justo que sea así.

Que el amor nos sacie y luego nos pida volver
que la pluma recogida devenga en soga.

No es propio que al corazón lo aprisione una garra.

¡No chistes! ¡No digas nada!

Por una vez que vuelvas no importa o sí importa
de tu figura enchaquetada en el vano de la puerta
depende que se torne bello el ojo de la amada.

21

Al bajar tu la voz al no volver a decir
nada la luna se apagó
tu boca de un amarillo constante tomó
entonces su lugar
y fue hora de apoyarme en ti con un beso.

Una ventana colocó nuestras dos
sombras para regocijo de todos.

Disculpa si por llegar hasta ti te puse en evidencia
disculpa si por tenerte cerca enceguecí
en mi hombro tu cabecita
me recordaba una ciruela.

También tu cuerpo fabricaba un aroma absoluto.

Esperé a que el abrazo calentara como el verano
entonces hablé
el amor como una bendición nos viste de gracia.

22

Como huésped suntuoso
trastornas las costumbres de mi casa
y haces de la vida un festín.

Eres vino que convida al exceso.

Vistes al menesteroso
y en sus ojos pones una luz de extravío.

23

A Eduardo Peláez

Como todos, quiso conocer el viejo templo musulmán, gloria de tiempos pasados, y que la historia y el poder de un dios distinto había relegado y casi convertido en un muladar, en un mero recurso turístico. Era una mañana de otoño, tibia como un vino, y un grupo de ancianos tomaba el sol en el patio de entrada donde se sentía el olor a azahar de los naranjos centenarios. Venía de Granada, de asombrarse ante otras maravillas, y casi lo contrarió el aspecto de abandono y olvido que mostraba la Mezquita. Nada más una cosa que amenaza ruina, pensó, pero tan pronto traspuso el umbral y ante él, como una visión para la cual no estaba preparado, se abrió el interior del templo con sus mil y una columnas y su número infinito de arcos y naves, y se dio cuenta que allí todos los lugares eran uno y ninguno, se sintió perplejo y perdido, como quien no despierta de un sueño. Cada punto podía ser el comienzo o el fin y, cada columna, trabajada como una joya, el aspecto inusitado de una idea maravillosa de Dios. De un Dios, cierto, lo comprobaba a cada paso, cada que se detenía a mirar un detalle cualquiera de tan espléndida arquitectura, que no tenía rostro ni se servía de imagen alguna, y que más bien, para mostrarse, acudía a una perfecta matemática, a una serena abstracción. Un Dios, en fin, riguroso en sus atributos y que, ahora, cuando su gloria había pasado y su recinto, colmado por una claridad desolada, tenía un aire de casa deshabitada, de cosa arrumada por el tiempo, no era más que un dios olvidado.

Se sintió entonces conmovido y, como un peregrino llegado de muy lejos, quiso postrarse y orar a este dios sin nombre. En el Mirhab, mientras los flashes de las cámaras iluminaban impacientemente los mosaicos y ornamentos, y el santuario

mostraba su bizantina hermosura, su decaído esplendor, cayó en cuenta de que no hay un dios mayor que el Tiempo y que sólo a él servimos. Entendió, entonces, que no era nadie y se sintió humilde y, como si una gracia lo hubiera alcanzado, quizás digno de la vida. La emoción, que aún llenaba de lágrimas sus ojos, lo obligó a quedarse un rato más. Cuando salió, lo esperaba el día.

Lo que trae el día

Camino

Nada vida, te pido.
El largo camino que creía
me llevaba a algún lado,
sólo hasta mí me ha traído.

He tejido, pues,
con los muchos rumbos mi propio mapa,
y no existe hilo,
por más que lo tienda amorosa mujer,
que de él me pueda sacar.

Conozco ahora del simple vivir,
del derroche y regocijo con que las cosas
se rodean de milagro
y llaman a la gratitud.

Y digo que soy nadie.

Elevación

Templo tuyo son mis palabras, Poesía.

Rapto y visiones cruzan
el recinto de mi verbo rústico
y enjoyan su piedra basta.

Vuelven salmo su rapsodia oscura.

Y aquí y allá se encienden cirios
que arrinconan la tiniebla
y cuidan de su lengua luminosa.

Y quien viste tu ornamento,
sube al altar y oye,
dicha para los hombres,
la voz que lo transfigura.

Y lo que a mí redime,
a los demás también eleva.

Óbolo

Ni solo, ni huérfano, ni desamparado,
puedo sentirme.

No puedo decir que algo me falta
o me sume en la derrota.

Tampoco llamar a la tristeza
para que haga los oficios de la casa.

Ni puedo alegar razones
porque el mundo no es como lo creo.

No, no puedo, con tanta queja,
convertirme en el ciego
que palpa y maldice
la moneda de oro que se le entrega.

Estancia

No hablar, no pensar, ver.

Un perro, el chirlomirlo, la abeja,
y luego, las colinas, la lejanía, el cielo,
el paisaje familiar
que la luz robusta de agosto
convierte en oro y milagro,
en pura existencia.

Como si a tus ojos quitaran la venda
que impedía ver la suficiencia de todo,
el divino enjambre de lo corriente,
el don que se te ha dado en suerte.

Existes, la vida existe,
¿qué otra cosa puede haber mayor que ésta?
Ni antes ni después,
aquí y ahora: completa.

Nada, pues, qué agregar, nada qué quitar:
Un naranjo, un ramo de cartuchos,
una mujer que teje,
una bandada de chamones
levantándose sobre el maizal.

Y luego, en la vuelta del camino,
puesta ahí sobre las colinas,
antes de que anochezca,
la madeja de hueso de la luna.

La realidad.

El don

Ningún lugar mejor
que la ciudad para
pensar en ciervos
y bosques,
para hacer del momento
una pura ensoñación,
la vida que queremos
y no existe,
o existe en otra parte.

Venados, osos, perros,
montes y lagos,
y en el camino que traza
el candil
de una luna de hielo,
un hombre
con la pieza de caza
a cuestas.

Por un instante
soy aquél
que, primitivo,
se libra al destino
de un mundo naciente y áureo.
Y pacta acuerdos
con la ruda Ley
que le ofrece por sueño
la vida.

La vida salvaje y bella,
donde copular, cazar, pescar,

cambiar con el tiempo nómada,
es suficiente,
y donde no cabe
ilusión distinta
a la labor de cada día,
y el sueño es el simple
descanso,
el dios que vela tus fatigas.

Y vivir, el don.

La visita que no pasó del jardín

Composición

Las usuales cosas de siempre.
Nadie daría un peso por ellas.
Su brillo de latón
ahogado en el trivial
episodio de cada día.
El beso que hoy sumamos
al beso de ayer.
Su inhumano porvenir.
La loza que se acumula
en el fregadero.
El rosedal
que cunde en el jardín opaco.
Nadie hablaría aquí
de salvación.
Y sin embargo
son ellas, las usuales cosas,
el beso, el fregadero,
el jardín, los sueños
que apenas te llevan
a alguna parte,
las que en su destello,
en su paciente desventura,
elevan al cielo
el coro
que hace volver la cabeza
a los mismos ángeles.

Cruce

En el cuarto,
un rayo de sol
que oreó el invierno.

Un óbolo que destelló
en la ventana,
iluminó la pared
y sacó al día
de su encierro.

¿Ínfimo suceso?

¿O el paso de una deidad
que enseguida
avivó el alma?

Su rastro cuarteó el piso,
su pié divino.

Y ya no quedó sino
hablar de su realeza.

Rango

Sabía, sin mucha razón,
que alguien venía.

Ignoraba quién,
pero alguien venía.

Este era el día
¿cómo no marcar la fecha?
de una dicha imprevista.

El lugar, la mesa,
los preparativos,
imponían un cuidado.

Alguien venía.

Abrió la puerta.

Su apretado corazón
midió la espera.

El rango le inquietaba,
el poder de su belleza.

!Jamás la expectativa
había sido tanta!

Alguien venía.

Esperó y esperó
nadie vino.

Pero supo,
con mucha razón,
que a su vida daba valor
!y en qué medida!,
aquella espera.

De este lado

Al levantar la vista,
allí en el balcón,
del color de las flores,
el instante perfecto.

Tuyo, tarde, es este
pliego luminoso.

Como si alguien supremo
hubiera escogido
el lugar para descender.

El rubor de las pequeñas hojas.

El reflejo encarnado en la ventana.

Tal presencia
me estremeció.

Y, por mirar, quedé en vilo.

Un parpadeo.

Luego un instante
que al dudar de su realidad,
enseguida pasó.

Embrujo

Ningún anhelo mejor
que la vida misma.

Ningún sueño más apropiado
que la misma realidad.

Ningún suceso mayor
a un día
en el cual no sucede nada.

Una fiesta: el más trivial
de los actos,
el más distraído de los besos.

Fábula,
despertar y saber
que estamos vivos.

Gesta

Día, lugar hago en mí
a tu jubilosa materia.

En la habitación
el sol entró y se sentó
como una divinidad.

Tanta luz confundió
los objetos.

El ramo encarnado
titubeó
junto al blanco de la pared.

La mesa y los utensilios
casi se esfumaron
como fantasmas.

Las sillas se solidificaron
en un mármol
liso y reverberante.

En mi mano la taza de café
se agitó, derramándose.

Después fue la gesta
en la que
sin mayores espantos
se me desolló vivo.

Petición

Una verdad me sea dada
en lo que escribo.

Que si las palabras fracasan,
sobre su desecho,
quede prueba al menos
de la tentativa.

Ahora sabes,
que no basta
lo que es suficiente.

Caprichoso es lo indecible,
menor tu arte.

De fracaso en fracaso,
sin embargo,
puedes construir tu obra.

Baldío, desecho, basura,
¿cómo desconocer
que el día también allí destella?

En suerte

Si el camino que tomaras
no fuera el tuyo,
ni tuyo tampoco el salmo
que en la oscuridad pronuncias
(aquél que en verdad espanta
culpas y demonios).

Si el amor, dándote a escoger,
te negara
la mujer que sólo era tuya.

Si la vida en lugar de una cosa,
te diera otra,
y otro fuera el remedio
para tus males.

Si siendo tú,
fueras también ése o aquél,
¿qué cielo mirarían,
de quién recibirían perdón,
el blanco de tus huesos?

¿De qué Dios serían siervos
los dones que te pierden?

¿De quién los caminos
que no van a ningún lado?

Y saber que quien va,
no vuelve.

Lugar común

Si les dijeran
que todo aquello es amor,
lo negarían.

Viven un hechizo y no se dan cuenta.

Pero él se desespera si no la ve,
y ella acude en su busca
sino lo encuentra.

Sentados en el bar,
podrían pasar la vida entera.

Dos que no saben
que son uno,
y que para reunirlos
se movió de su sitio
el universo mismo.

Y hablan y hablan
(de todo y nada en apariencia),
sin saber
que es del amor que hablan.

Seducción

Y todo aquello,
los besos, los abrazos,
el delicado aroma
que te distinguía entre las otras,
si poco o nada significaron
¿por qué presta ahora
su emoción a estos versos?

No era una suerte común
la que nos esperaba,
de hecho una vez pasó
aquella tarde amorosa,
cada cual tomó por su lado
y fue al encuentro
de su verdadero amor.

¿Su verdadero amor?

Dejamos de visitarnos.

Después llegó el olvido
(que vence siempre
en su lucha
por atarnos a otras cosas),
hasta hoy
cuando la realidad del poema
me devuelve
a la ilusión de tus brazos.

Desnudo

Tu cuerpo desnudo
como un joven planeta
de cáscaras sonrosadas
y horas amarillas
(sumiso al ardor
que le da forma
y lo vuelve flor y duna).

Para que no se marchite,
el día lo ata
a sus húmedas
cárceles de deseo.

Tu cuerpo,
convertido de repente
en caídos
pétalos de la luna.

Hallazgo

Como una pequeña escultura desenterrada
y devuelta a su nicho en el templo.

De una perfección
que asombra en estos tiempos,
y que obliga a pensar
en el dominio del material por su artífice,
en su musa inspiradora.

En la maleable amalgama
que con mármol y piedras
de un color siempre vivo,
conformó y dió un soplo
a lo que la misma naturaleza desconocía.

A aquélla de la cual dar razón
de este modo y no de otro
–con su blanco y delicado vientre–
–con la altiva redondez de sus senos–
–con el amoroso ofrecimiento de su alma–,
mudándola en ídolo
y alojándola en un recinto,
pues tarea humana
es también fabricar la inmortalidad.

Y que ahora después de siglos
vuelve a su lugar,
–desenterrada y centelleante–,
permitiéndome así hablar de tu belleza.

Acechanza

El portón de vidrio esmerilado.

Del otro lado
alguien aguarda.

¿Quién?

El vidrio lo deforma,
como si aún
no tuviera
una existencia verdadera.

¿Acechanzas de un mundo opaco?

Soy pequeño,
no me atrevo a preguntar
¿quién está ahí?

La figura se extingue,
vuelve y renace,
comienza
a impacientarse.

Aunque es mediodía,
¿cómo abrir la puerta
a formas que vienen
de otro lado?

Soy pequeño,
y cuido que el horror
no entre en casa.

El lugar vacío

La mesa, los utensilios,
el mantel blanco,
como en un día de cumpleaños.

En un rincón
el jarrón repleto de color.

En el perchero
el sombrero negro de mi padre.

De estar él aquí,
ninguno permanecería tan silencioso.

Dijo que volvería, y no volvió.

En su ausencia, las cosas se volvieron
de su tamaño, evitaron hacerse ajenas.

Es el tiempo de los muertos
el que ahora ahonda el tiempo de los vivos.

¿Quién puede evitar mirar
el lugar que falta en la mesa servida?

El sombrero negro,
el reloj de pulsera, la pluma,
álbum de dolor.

Dijo que volvería.

Hundo la cara en la luna blanca
para que así acontezca.

Nada

En memoria de Fernando González Restrepo

Nunca volverán a ser suyas
las cosas que una vez fueron.

Tampoco él volverá a allí
donde alguna vez estuvo.

A Breslaw donde acudió a una cita de amor
en un comedor de hotel.

Ni al mar color de piedra burda.

Ahora cada día lo deja con las manos vacías,
y de nada le sirve lo que una vez fue.

Su letra mística en su libreta de apuntes,
¿no es ahora un adefesio?

¿Su noble artesanía con la que hablaba a Dios?

Una duermevela cada vez más densa,
le arrebata lo que es.

Se muere.

Y si no abre los ojos es para no encontrar
allí afuera el mismo mar
color de nada que hay en su interior.

Su única posesión.

Espejo

El espejo empañado en la habitación a oscuras.

Las cortinas cerradas,
los muebles cubiertos,
los bellos días muertos y acumulados.

Podría abrir la ventana
y permitir que la luz entre a chorros,
dejar que vivifíque aquel pasado.

La ví desnudarse frente al espejo,
como brotes sus pezones rosados,
los hombros esbeltos,
las caderas firmes.

En el espejo su mirada se cruzaba con la mía.

Por momentos así vale vivir la vida.

Eso dije.

Luego pasó el tiempo,
el odioso tiempo que todo lo deshace,

y sobre esta escena,
inmisericorde,
colocó otras,

que poco o nada
significan ahora.

Irrupción

¿Y ese alboroto a estas horas de la noche?

Ríen, parlotean,
hacen tintinear las copas.

Vienen de otra parte a proseguir aquí la fiesta.

Desde mi cuarto les oigo su charla insulsa:
chicas que se divierten como viejas amigas.

Y como desean bailar
elevan el volúmen a la música.

!El acabóse!

No les preocupa
que en casa el dueño duerma,
ni que sobre el vecindario
la luna todavía fantasmee.

Se irán como han venido,
pero mientras tanto
bailarán, charlarán,
pondrán la casa patas arriba,
ellas, las Musas
en las que el poeta menor descree.

Urna

Si muriera hoy, ¿qué diría de la vida?

Casi he llegado a ese punto
en que todo parece un juego vano.

Casi.

¿Se reduciría mi pequeño enigma
tan solo a un puñado de ceniza
arrojado luego a aguas tibias y fraternales?

Que no quede nada,
no significa que nada haya sido.

Hubo días que no olvidas
porque brilló perenne una verdad en ellos;
canciones que no tendrían sentido
sino las hubieras escuchado
de boca misma del amor;
lides cuya recompensa
era el tocado de la luna;
puertas que la mano
inexplicable de Dios abrió.

Y hubo también el dolor.

El necesario cómo para creer
que un puñado de polvo
sea suficiente para resumir la vida.

Exilio

Mañana:
hábitos que no llevan
a ninguna parte.

Por alguna razón
su reino ya no es el mío.

¿Culpa del dormir
al cual me abracé?

Allí fui siervo
de labores
sin orden ni hermosura.

Y olvidé mi salmo
de salvación.

¿Dónde
conseguir ahora
el oro que cuida de la vida?

¿Dónde, en qué lugar,
por un instante,
colocar mi mejilla entumecida?

Hábito de mis hábitos,
la mañana.

Su reino
es mi exilio.

Eclipse

¿De dónde vino
este momento de angustia?

¿Que astro hinchado y sin gloria
tocó adedre,
descabellándolo,
el orden de mis certezas?

¿Quién, enemistado,
impidiéndome la luz,
me volvió la espalda?

Era mediodía y,
sin embargo, me sentí perdido.

Nadaba y el mar se alzaba
sin permitir ver la orilla.

Intentaba ponerme en pie, pero era inútil.

De repente, menesterosa y fría,
la vida criaba socavones y cavernas
y hacía del horror un palacio.

La vida que hacía un instante
besaba yo en la boca.

Desventaja

Era ilusión que la vida
te fuera a tratar de manera
siempre igual:

hoy tus ventajas
son bien pocas.

El esfuerzo a que te obliga
cada cosa,
mide hasta dónde
la levedad te rehusó ya sus plumas.

No estabas acostumbrado
a vivir en desventaja.

Ni que para sostenerte en la contienda,
tuvieras que acudir
a subterfugios y simulaciones,
a risibles estratagemas.

Menos a que tu lengua
no fuera aceptada en ninguna parte.

Desmemoriado y sin acierto:
siempre afuera.

Allí donde lo humano
es residuo que destierra lo humano.

Despertar

No te preocupas,
pero llega el día
en que es inevitable pensarlo.

Lo que antes era amigo
y destellaba
con descuido y ligereza,
–la alegría misma de estar vivo–,
tiene peso ahora
y almacena risas malas
para mañana.

Lo que volvía primavera
el daño mismo del invierno,
toma ahora el color huérfano
de los árboles
y empalidece el ir y venir del cielo.

Todo aquello que, fugaz,
enjoyaba los dedos de la mano,
y que hoy, sin embargo,
ladrón de lo que da,
hace desgraciada a la misma eternidad.

Indice

A

Absorto escuchando el cercano canto de sirenas 12
Acechanza 81

C

Camino 60
Composición 68
Cruce 69

D

De este lado 72
Desnudo 79
Despertar 90
Desventaja 89

E

Eclipse 88
El don 64
El lugar vacío 82
Elenco de Actores y Actrices 11
Elevación 61
Embrujo 73
En suerte 76
Espejo 84
Estancia 63
Exilio 87

G

Gesta 74

H

Hallazgo 80

I

Irrupción 85

J

Jean Pierre Leaud 10
Jimmy Hendrix 9

L

La Dádiva 28
La visita que no pasó del jardín 66
Lo que trae el día 58
Lugar común 77

M

Maureen O'sullivan 8
Miroslava 6
Montgomery Cliff 7

N

Nada 83

O

Óbolo 62

P

Petición 75
Pier Angeli 4

R

Rango 70

S

Seducción 78

U

Urna 86

Luna Blanca de Elkin Restrepo,
se terminó de imprimir el día 30 de Enero del año 2005
en los talleres gráficos de la editorial Arquitrave en Bogotá, D.C.
y fue encuadernado a mano por Ricardo Aguirre Piñeros.

Los libros de Arquitrave Editores

Entre nuestros autores figuran

Carlos Drummond de Andrade
Affonso Romano de Sant´Anna
Charles Bukowski
Cristina Peri Rossi
Du Fu
Ferreira Gullar
Konstandinos Kavafis
Manuel Bandeira
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Paulina Vinderman
Raul Rivero
T.S. Eliot
Lawrence Ferlinghetti
Bob Dylan
Harold Alvarado Tenorio
Li Bai
Alberto Da Costa e Silva